

CAP 2

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 2

Los fundamentos teológicos

James H. Railey, Jr.

Benny C. Aker

La buena teología la escriben quienes tienen cuidado de permitir que sea la revelación bíblica la que les dé forma a sus puntos de vista. Por tanto, a lo largo de todo este libro debemos tener presentes las siguientes afirmaciones bíblicas: Dios existe, se ha revelado a sí mismo y ha puesto esta revelación al alcance de la humanidad.¹

En la Biblia vemos a Dios descender a la corriente de la vida y la historia humanas para llevar a cabo su gran plan de redención. En otras palabras, la Biblia presenta sus verdades en medio de situaciones históricas, en lugar de darnos una lista sistematizada de lo que enseña. Con todo, es necesario sistematizar sus enseñanzas para entenderlas mejor y para aplicarlas a nuestra vida.²

No obstante, se debe realizar esta sistematización con gran cuidado, prestando atención tanto al contexto como al contenido del material bíblico que se está usando. Los teólogos tienen la sutil tentación de escoger solamente aquellos textos que están de acuerdo con sus posiciones, ignorando otros que parecen discordar, y usar los textos sin una preocupación adecuada por su contexto. Es necesario permitir que la Biblia hable con claridad, sin quedar nublada por las ideas preconcebidas y los conceptos errados de la persona.

Otra afirmación bíblica que guía el desarrollo del material en este libro es que el Espíritu Santo, quien inspiró la puesta por escrito de la Biblia, guía la mente y el corazón del creyente ([Juan 16:13](#)). Sin embargo, no se debe temer la labor del Espíritu Santo al ayudar al estudioso a comprender la Biblia, como una obra que va a conducir a extrañas interpretaciones previamente desconocidas. De hecho, “cuando el Espíritu guía a toda verdad, se trata en realidad de sacar a la luz, o evocar lo que ya es conocido”. Además, “no pueden existir diferencias básicas entre las verdades que conoce la comunidad cristiana por medio de la habitación del Espíritu Santo en ella, y las que se presentan en las Escrituras”.

Los pentecostales tienen una rica herencia en el ámbito de las experiencias, y han sostenido fervientes convicciones con respecto a su fe, pero no han estado tan dispuestos a escribir explicaciones de sus experiencias con las verdades de la Biblia. Con todo, existe ahora un cuerpo creciente de literatura desde la perspectiva pentecostal, que continuará el esfuerzo por ampliar la comprensión entre los diversos grupos que forman la Iglesia. Confiamos en que este libro proporcione también testimonio a favor de los temas de la fe valiosos a la experiencia de los fieles.

Nuevamente, reconocemos que sólo la Biblia tiene la palabra final, puesto que es la Palabra de Dios. Todas las palabras simplemente humanas son, cuando más, tentativas, siendo ciertas sólo en cuanto coinciden con la revelación de la Biblia. No somos un conjunto de creyentes superiores que se inclinan desde sus alturas para ayudar en el camino a aquéllos cuyo desarrollo es inferior. Somos más bien viajeros que caminamos juntos por el sendero de la vida, y que deseamos anunciar lo que hemos aprendido acerca de Dios y sus formas de obrar. Llamamos a cuantos nos lean a acompañarnos para aprender juntos sobre las riquezas de nuestro Señor.

2.1 LA NATURALEZA DE LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

2.1.1 El concepto de religión

El lugar para comenzar a pensar acerca de la teología sistemática es la comprensión del concepto de religión. Aunque es posible definir la religión de diversas maneras, una de las definiciones más simples es decir que la religión es la búsqueda de algo superior. Los seres humanos reconocen de forma casi universal que hay algo o alguien más allá de ellos, y que de alguna forma, o formas, tienen responsabilidades con ese algo o alguien. El reconocimiento de que la raza humana no está sola en el universo, y de que depende, por lo menos hasta cierto punto, de eso superior que se halla más allá de ella, es el punto de partida para la religión.

La religión ha tomado muchas formas y expresiones a lo largo de la historia humana: desde la especulación filosófica, hasta la creación de dioses en forma de objetos materiales (véase [Romanos 1:21-23](#)). El incesante anhelo por hallar ese algo superior lo ha llevado a prácticas religiosas que van desde los debates intelectuales hasta los sacrificios de niños.

No obstante, no se debe desechar este anhelo del individuo, solo o en sociedad, ni considerarlo como un factor negativo. Agustín (354–430), padre de la Iglesia, confesaba: “Nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.”¹ Es decir, que el anhelo por lo superior es el don de Dios dentro de las personas para que éstas estén abiertas a la revelación divina. Sólo Él es ese ser superior que será la respuesta plena al corazón que busca.

Con todo, la religión, como búsqueda humana de Dios, no es capaz de proporcionar nada ni nadie realmente superior. En el mejor de los casos, la búsqueda termina con alguna deidad inferior, o alguna explicación de la existencia que, por ser creación de la mente humana, no es suficiente para responder a todas las complejidades de la existencia humana. La religión termina en la frustración de no poder concebir un dios suficientemente grande.

Sin embargo, esta frustración no es el final de la historia, puesto que, una vez que la persona comienza a sentir la futilidad de su esfuerzo, esto puede ser suelo fértil en el que crezca la revelación de Dios. H. Orton Wiley, teólogo nazareno ya fallecido, observa que “la religión proporciona en el hombre la conciencia básica sin la cual no habría capacidad en la naturaleza humana para recibir la revelación de Dios”.² O sea, que el hecho mismo de que la persona esté buscando algo puede proporcionar la oportunidad para presentarle las buenas nuevas. Sólo en Jesucristo puede encontrar lo que está buscando. Él no sólo trae consigo la salvación, sino que revela la majestad e inmensidad de Dios, que satisface con creces la búsqueda de lo superior. Más importante aún es que la persona que busca descubre que Dios mismo ha estado todo el tiempo buscando a su creación descarriada.

2.1.2 Tipos de autoridad religiosa

Cuando la religión acepta la revelación de Dios en Cristo, se levanta a un lugar de prominencia el tema de la autoridad. ¿En qué se apoyan la fe y la práctica? ¿Cómo se relaciona la revelación de Dios con el individuo? Estas preguntas dirigen nuestra atención al tema de la autoridad.

El interrogante sobre la autoridad, que en realidad pregunta cómo se relaciona la revelación de Dios con la forma en que las personas viven y controlan su vida, se puede dividir de manera amplia en dos categorías: autoridad externa e interna. Ambas categorías toman en serio el papel de la Biblia como la revelación de Dios, pero difieren drásticamente de diversas formas.

La autoridad externa comprende aquellas fuentes de autoridad que se hallan fuera de la persona: se suele expresar como canónica, teológica y eclesiástica.

La autoridad canónica. La autoridad canónica sostiene que los materiales bíblicos, tal como los contiene el canon¹ de las Escrituras, son la revelación de Dios poseedora de autoridad. La Biblia nos habla de nuestras creencias y estilo de vida con claridad y de manera decisiva. Los que defienden este punto de vista afirman que (1) la Biblia tiene autoridad debido a su Autor divino, y que (2) la Biblia es clara en las verdades básicas que presenta. Todas las cuestiones de fe y conducta están sujetas al escrutinio de la Biblia, de tal forma que los puntos de la fe teológica deben tener apoyo bíblico, ya sea explícito o implícito, para no ser desechados.²

Una consideración importante para los que proponen el punto de vista canónico sobre la autoridad, es que se debe interpretar la Biblia de manera correcta. Este es el problema al que se enfrenta el punto de vista canónico sobre la autoridad, y se debe tratar con cuidado.³

La autoridad teológica. El punto de vista teológico sobre la autoridad busca en las confesiones doctrinales, o credos de la comunidad en general, la fuente de fe y práctica. Desde sus comienzos, la Iglesia ha proclamado sus creencias mediante fórmulas y credos. Uno de los más antiguos es el Credo de los Apóstoles, llamado así porque pretendía resumir las enseñanzas de los apóstoles. A lo largo de la historia de la Iglesia se han adoptado muchas otras declaraciones de fe, que los creyentes han usado para afirmar los principios centrales de su fe.

Hay valor para la Iglesia en estas declaraciones en forma de credos, porque sirven para centrar la atención del devoto en los elementos fundamentales de la fe. Le permiten escuchar al mundo que observa una voz clara y unida que explica la teología de la Iglesia cristiana histórica.¹

Sin embargo, el problema del punto de vista teológico sobre la autoridad es que tiende a elevar las afirmaciones de los credos a una importancia superior a la de la Biblia. Además, aunque presentan una notable unidad en los aspectos clave de las verdades bíblicas, pueden variar de manera considerable en los asuntos secundarios de fe y práctica. Son valiosos, en tanto se mantengan de acuerdo con la Biblia para explicar sus verdades. Cuando suplantán el lugar central de la revelación bíblica, se convierten en una fuente dudosa de autoridad.

La autoridad eclesiástica. La autoridad eclesiástica sostiene que la Iglesia misma debe ser la autoridad definitiva en todos los asuntos de fe y práctica. Este entendimiento se suele mantener en conjunción con los puntos de vista canónico y teológico, que hemos considerado previamente. Se le concede a la Biblia un lugar de importancia, pero la deben interpretar aquéllos que han sido especialmente adiestrados y escogidos para esta tarea. Entonces, la interpretación de la Iglesia, promulgada generalmente en declaraciones al estilo de los credos, se convierte en la que tiene autoridad.

Con frecuencia, esta comprensión eclesiástica de la autoridad se expresa a través de quien es cabeza terrena oficial de una iglesia, ya sea una persona o un grupo de personas. Puesto que se hallan en posiciones de liderazgo dentro de la comunidad, se da por supuesto que tienen una relación con Dios que les autoriza a comunicarle su verdad a la Iglesia.

Sin detrimento alguno de las posiciones de liderazgo dadas por Dios, es necesario observar que este enfoque de la autoridad está abierto a unas fuertes posibilidades de corrupción: el mal uso de poder para satisfacer intereses egoístas u otros anhelos pecaminosos. Además de esto, suele ser un pequeño grupo de personas el que hace la interpretación de las Escrituras a nombre de toda la Iglesia. Esto mantiene a la mayoría de los creyentes alejados de un enfrentamiento personal a las exigencias de la Biblia.

El tema de la fuente de autoridad para la comprensión de la revelación divina se puede considerar también desde la perspectiva interna: el hallazgo de la fuente de autoridad dentro de la misma persona. Entonces, los enfoques externos que se han presentado son considerados cuando más como secundarios con respecto a factores que obran dentro de la persona individual.

La experiencia como autoridad. La primera fuente de autoridad externa es la experiencia. La persona se relaciona con la revelación de Dios en el escenario de la mente, la voluntad y las emociones. Considerando a la persona como una unidad, los efectos producidos en cualquiera de estos aspectos se sienten, o experimentan, en los otros, ya sea de manera subsiguiente o simultánea. De hecho, la revelación de Dios viene a relacionarse con la totalidad de la persona humana.

Con todo, hay muchos que llevan más allá esta observación, afirmando que la experiencia es la verdadera fuente de autoridad para la fe y la práctica. Dicen que sólo aquellas verdades que han sido experimentadas

como reales por el individuo pueden ser aceptadas y proclamadas como reales para los demás.

La elevación contemporánea de la experiencia a la categoría de autoridad comenzó con los escritos de Friedrich Schleiermacher (1768–1834).¹ Schleiermacher sostenía que la base del cristianismo era la experiencia religiosa, una experiencia que se convertía en la autoridad determinante de las verdades teológicas. Desde sus tiempos hasta el presente, algunos sectores de la Iglesia han aceptado la experiencia como la fuente de autoridad.²

Aunque Schleiermacher y sus seguidores hayan tratado la Biblia como un libro humano común y corriente, y hecho excesivo énfasis en la experiencia, no se debe pasar por alto el valor que tiene la experiencia en la comprensión de la revelación divina. Esto es especialmente cierto en el caso de los pentecostales, quienes resaltan grandemente la realidad de una relación con Dios que afecta todos los aspectos del ser humano. Las verdades propuestas adquieren vitalidad y fuerza cuando son confirmadas y ejemplificadas en las experiencias vivas de los discípulos sinceros de Cristo.

Por otra parte, las experiencias varían y sus causas no son siempre claramente discernibles. Una fuente de autoridad digna de confianza debe hallarse más allá de las variables que marcan la experiencia, y debe incluso ser capaz de contradecir y corregir a la experiencia, si fuese necesario. La experiencia sola, como fuente de autoridad que mediatice la revelación de Dios a las personas, no es de fiar.¹

La razón humana como autoridad. Con la llegada de la Edad de la Ilustración (a partir de fines del siglo diecisiete), muchos han hecho de la razón humana la fuente autosuficiente de autoridad. Este racionalismo dice que no necesita de revelación y, de hecho, niega la realidad de la revelación divina. Colin Brown observa acertadamente que “en el lenguaje de la vida diaria, el racionalismo ha venido a significar el intento de juzgarlo todo a la luz de la razón”.² Las consecuencias del surgimiento del racionalismo se han dejado sentir en todos los aspectos de la actividad humana, pero especialmente en la religión y la teología.³

La razón humana como autoridad. Con la llegada de la Edad de la Ilustración (a partir de fines del siglo diecisiete), muchos han hecho de la razón humana la fuente autosuficiente de autoridad. Este racionalismo dice que no necesita de revelación y, de hecho, niega la realidad de la revelación divina. Colin Brown observa acertadamente que “en el lenguaje

de la vida diaria, el racionalismo ha venido a significar el intento de juzgarlo todo a la luz de la razón”.⁴ Las consecuencias del surgimiento del racionalismo se han dejado sentir en todos los aspectos de la actividad humana, pero especialmente en la religión y la teología.⁵

Nuestros poderes intelectuales son parte de lo que significa haber sido creados a imagen y semejanza de Dios. Por tanto, emplear la razón en la recepción de la revelación divina no es algo erróneo en sí mismo. Se han hecho adelantos gigantescos por medio del uso de la razón, aplicado a muchos aspectos problemáticos de la existencia humana. La aplicación de la razón a los materiales bíblicos, la investigación en textos y documentos antiguos, la reconstrucción del mundo social y económico de la Biblia, y muchos otros esfuerzos semejantes, han sido útiles para aumentar el grado de comprensión de la revelación divina.

Es decir, que la razón es buena como sierva de la revelación de Dios, pero no es buena ama cuando se coloca por encima de ella. Cuando se da por supuesto que tiene autoridad, la razón se sitúa por encima de la revelación de Dios y juzga sobre qué partes de ella se deben aceptar, si es que se acepta alguna. Con frecuencia, los racionalistas hacen de su propia razón humana la autoridad real.¹ También se debe observar que esa razón humana que niega la revelación divina siempre se ha hallado bajo la influencia del pecado y de Satanás desde la caída de Adán ([Génesis 3](#)).

Por tanto, creemos que la mejor manera de hacer teología es reconocer a la Biblia como la autoridad y permitirle al Espíritu Santo que medie entre la Palabra revelada de Dios y nosotros. Las afirmaciones en forma de credo y otras declaraciones de la Iglesia son valiosas ayudas en la interpretación y aplicación de la Biblia. También la experiencia de los individuos, en especial aquéllos impulsados y dirigidos por el Espíritu Santo, y la razón humana, ayudan al creyente a comprender la revelación. Con todo, sólo la Biblia es la regla suficiente de fe y práctica. En ella Dios habló y sigue hablando.

2.1.3 Una definición de la teología

La teología, definida de manera sencilla, es un estudio de Dios y de sus relaciones con todo lo que Él ha creado. Creemos que se debe derivar de la revelación divina de la Biblia, porque de ninguna otra manera podría ser un testimonio digno de confianza para aquéllos que buscan la verdad.

La revelación bíblica no sólo dirige al teólogo a los temas que deben ser creídos, sino que también fija los límites externos de esa creencia; la

teología debe señalar como creencia necesaria sólo aquello que la Biblia enseña, ya sea de manera explícita o implícita. La teología también debe estar vitalmente preocupada por interpretar correctamente la Biblia y aplicarla adecuadamente.

Aunque la fuente de la teología es el material bíblico, la teología también se preocupa por la comunidad de fe de la cual procede esa revelación y la comunidad a la cual va dirigido el mensaje. Sin comprender a la comunidad antigua, el mensaje no será oído de manera clara y exacta; sin comprender a la comunidad moderna, el mensaje no será debidamente aplicado. Debemos expresar esta doble preocupación, definiendo la teología como una disciplina que busca “dar una presentación coherente” de las enseñanzas de la Biblia, “situadas en el contexto de la cultura en general, con fraseología contemporánea, y relacionadas con las cuestiones de la vida”.¹ Ha sido definida también como la “reflexión sistemática sobre la Escritura ... y la misión de la Iglesia, en relación mutua, con la Escritura como norma”.² La teología es una disciplina viva y dinámica, no porque cambie su fuente de autoridad, sino porque lucha continuamente por comunicar las verdades eternas a un mundo siempre cambiante.³

2.1.4 Divisiones de la teología

La teología sistemática sólo es una de las divisiones dentro del amplio campo de la teología, en el que también se incluyen la teología histórica, la teología bíblica y exegética y la teología práctica. Es útil observar cada una de las otras divisiones de la teología para notar cómo se relaciona con ellas la teología sistemática.

La teología histórica. La teología histórica es el estudio de la forma en que la Iglesia ha intentado aclarar sus afirmaciones acerca de las verdades reveladas en las Escrituras a lo largo de su historia. La Biblia fue escrita durante un período de tiempo, según el Espíritu Santo fue inspirando a diversas personas para que escribiesen. De igual forma, aunque sin la inspiración que posee la Biblia, la Iglesia en el transcurso del tiempo ha expresado una y otra vez lo que cree. Ese desarrollo histórico de las afirmaciones doctrinales es el tema de la teología histórica. El estudio comienza con el escenario histórico de los libros bíblicos y continúa a lo largo de la historia de la Iglesia, hasta el presente.

Son especialmente importantes para la teología histórica los intentos por aclarar y defender las enseñanzas de la Biblia. El mundo pagano en que nació la Iglesia exigió de ella que explicara lo que creía, en términos

que se pudiesen comprender. A medida que los enemigos organizaban sus ataques contra estas creencias, la Iglesia se veía obligada a defenderse contra acusaciones que iban desde tachar de caníbales a los creyentes (debido a la Santa Cena), hasta afirmar que eran revolucionarios (porque no aceptaban más que un solo Señor, y no era el César). En estos escenarios, la Iglesia fue refinando sus declaraciones de fe.

Teología bíblica y exegética. La teología bíblica y la exegética son disciplinas gemelas. Le dan gran importancia al empleo de los instrumentos y técnicas correctos de interpretación, de manera que oigamos con precisión el mensaje de los textos sagrados. La preocupación dominante es la de escuchar de la Biblia el mismo mensaje que quienes la oyeron y leyeron originalmente. Esto lleva a esta división de la teología al estudio de los idiomas bíblicos, de las costumbres y la cultura en los tiempos bíblicos (en especial lo que ha descubierto la arqueología), etcétera.

La teología bíblica no trata de organizar todas las enseñanzas de la Biblia bajo categorías concretas; más bien, su meta es aislar las enseñanzas en contextos bíblicos dados y limitados, generalmente libro por libro, escritor por escritor, o en grupos históricos. La teología exegética, con la información proporcionada por la teología bíblica, “trata de identificar la intención y la verdad simple de frases, cláusulas y oraciones individuales que componen el pensamiento de los párrafos, las secciones, y por último, de libros enteros”.¹ Se debe realizar la exégesis² (o teología exegética) bajo la luz del contexto total del libro, así como del contexto inmediato del pasaje. La teología del Antiguo Testamento es la etapa inicial. Trata de hacer que el Antiguo Testamento se destaque con luz propia, presentando su propio mensaje para sus tiempos y para su propia gente.³ Con todo, en el desarrollo progresivo del plan de Dios, tiene una visión hacia delante que señala al futuro.

También se debe estudiar la teología del Nuevo Testamento por derecho propio, buscando el mensaje que tenía el escritor para aquéllos a quienes les escribía, usando de buena exégesis para determinar el significado que él intentaba darle.

Después de esto, es importante ver la unidad que existe entre ambos Testamentos, al mismo tiempo que se reconoce la diversidad de sus diferentes contextos históricos y culturales. El autor divino, el Espíritu Santo, inspiró a todos los escritores de la Biblia y los dirigió de tal manera que trajo unidad a sus escritos. Él fue quien hizo que los escritores del Nuevo Testamento usaran el Antiguo y presentaran a Jesús como su

cumplimiento, especialmente en cuanto al plan divino de salvación. Esta unidad de la Biblia es importante, porque hace posible la aplicación de la teología bíblica a diferentes situaciones y culturas, como trata de hacer la teología sistemática (tomando como fuente la teología bíblica).

La teología práctica. La teología práctica es la división de la teología que pone en práctica las verdades de la investigación teológica en la vida de la comunidad. Se incluyen en esta división la predicación, el evangelismo, las misiones, el cuidado y consejo pastorales, la administración pastoral, la educación eclesial y la ética cristiana. Aquí es donde el mensaje de la teología toma carne y sangre, por así decirlo, y ministra entre los creyentes.

La teología sistemática desempeña un papel vital dentro de la teología en general. Hace uso de los datos descubiertos por la teología histórica, la bíblica y la exegética, organizando los resultados obtenidos por esas divisiones en una forma fácilmente transmitida. Por esta razón, les debe a ellas las verdades que presenta. Es decir, la teología práctica hace uso de las verdades organizadas por la teología sistemática, en su ministerio a la Iglesia.

2.1.5 Sistemas teológicos protestantes

Dentro del protestantismo existen varios sistemas teológicos. Un examen de todos estos sistemas teológicos nos llevaría más espacio del que tenemos disponible para este texto. Por consiguiente, veremos dos que han sido prominentes desde la Reforma: el calvinismo y el arminianismo. En la época actual se pueden encontrar muchos otros sistemas teológicos. Consideraremos brevemente tres de ellos: la teología de la liberación, el movimiento evangélico y el pentecostalismo. Este enfoque selectivo es necesario, tanto por limitaciones de espacio, como por las relaciones de estos sistemas con el presente texto.

El calvinismo. El calvinismo debe su nombre y sus comienzos al teólogo y reformador francés Juan Calvino (1509–1564).¹ El principio central del calvinismo es que Dios es el soberano de toda su creación.

Podremos comprender con cierta rapidez el calvinismo si lo reducimos a cinco principios. Antes de seguir adelante en la explicación, debemos admitir que toda generalización acerca de un sistema teológico está sujeta a omisiones y simplificaciones excesivas. Manteniendo esto presente, identificamos en el calvinismo cinco creencias centrales: (1) depravación total, (2) elección incondicional, (3) expiación limitada, (4) gracia

irresistible y (5) perseverancia de los santos.¹ (1) La raza humana ha caído tan bajo como consecuencia del pecado, que las personas no pueden hacer nada para mejorar ni para ser aprobadas ante Dios. (2) El Dios soberano eligió en la eternidad pasada a algunos de nuestra raza para que fueran salvos, sin la condición previa de saber quién aceptaría su oferta, movido por su gracia y compasión por la humanidad caída. (3) Envío a su Hijo a expiar *sólo* por aquéllos que Él había elegido. (4) Los elegidos no pueden resistirse a su benévola oferta; van a ser salvos. (5) Una vez salvos, perseverarán hasta el fin y recibirán el máximo de la salvación: la vida eterna.

El arminianismo. El teólogo holandés Jacobo Arminio (1560–1609) manifestó su desacuerdo con los principios del calvinismo, alegando que (1) tendían a hacer de Dios el autor del pecado, al haber decidido en la eternidad pasada quiénes serían salvos y quiénes no, y (2) negaban el libre albedrío de la persona, puesto que afirmaban que nadie se puede resistir a la gracia de Dios.

Las enseñanzas de Arminio y sus seguidores fueron codificadas en las cinco tesis de los Artículos de Protesta (1610): (1) La predestinación está condicionada por la respuesta de la persona y basada en la presciencia de Dios; (2) Cristo murió por todas y cada una de las personas, pero sólo los creyentes son salvos; (3) la persona es incapaz de creer y necesita la gracia de Dios; pero (4) esta gracia es resistible; (5) el que todos los regenerados vayan a perseverar es algo que requiere mayor investigación.²

Las diferencias entre calvinismo y arminianismo son evidentes. Para los arminianos, Dios sabe de antemano quiénes van a responder positivamente a la gracia que Él ofrece, y es a éstos a quienes predestina a compartir sus promesas. En otras palabras, Dios predestina que todos los que escojan libremente su salvación provista en Cristo y continúen viviendo para Él van a compartir sus promesas. En potencia, Jesús hace expiación por todos los seres humanos, y de manera efectiva, por aquéllos que respondan a la bondadosa oferta divina de salvación, una oferta a la que se pueden resistir. Si responden aceptando la gracia de Dios, es por iniciativa de la gracia, y no solamente por la voluntad humana. La perseverancia está condicionada por un continuar viviendo la fe cristiana, y es posible caer de esa gracia, aunque Dios no permita que nadie caiga con facilidad.

La mayoría de los pentecostales tienden a seguir el sistema arminiano de teología, viendo la necesidad de respuesta al evangelio y al Espíritu Santo por parte de la persona.¹

La teología de la liberación. Nacida en América Latina a fines de los años sesenta, la teología de la liberación es un “movimiento difuso”² compuesto por diversos grupos disidentes (por ejemplo, negros, feministas). Su principal interés consiste en reinterpretar la fe cristiana desde la perspectiva de los pobres y oprimidos. Sus representantes proclaman que el único evangelio que se relaciona de manera adecuada con las necesidades de esos grupos de personas es el que proclama su liberación de la pobreza y la opresión. El mensaje de los liberacionistas es de juicio para el rico y el opresor, y liberación para el pobre y el oprimido.

Uno de los intereses centrales de la teología de la liberación es el concepto de praxis: se debe hacer teología; no sólo estudiarla. Esto quiere decir que el compromiso con la renovación de la sociedad, de manera que los pobres y oprimidos sean liberados de sus circunstancias, es la esencia de la empresa teológica. El compromiso con este tipo de cambio saca con frecuencia las Escrituras de su contexto y puede (como muchas veces hace) emplear medios que habría que describir como marxistas o revolucionarios.³

El movimiento evangélico. El sistema teológico conocido como evangélico tiene hoy una amplia influencia. Con la formación en 1942 de la Asociación Nacional de Evangélicos de los Estados Unidos, se le dio nuevo ímpetu a la proclamación de los principios de este sistema, los cuales han sido aceptados por los miembros de muchos grupos cristianos. El nombre da a entender uno de los intereses centrales del sistema: la comunicación del evangelio al mundo entero; una comunicación que llame de manera individual a una fe personal en Jesucristo. Las expresiones teológicas de los evangélicos proceden tanto del campo calvinista como del arminiano. Afirman que el movimiento evangélico no es más que el mismo sistema ortodoxo de creencias que existía primeramente en la Iglesia Primitiva. La agenda social del movimiento llama a los fieles a trabajar por la justicia en la sociedad, además de hacerlo por la salvación de las almas de las personas.

El pentecostalismo. En su mayoría, la teología pentecostal se encuadra bien dentro de los límites del sistema evangélico. Sin embargo, los pentecostales toman seriamente la obra del Espíritu Santo para verificar las verdades como reales y llenar de poder su proclamación. Esto lleva con frecuencia a la acusación de que los pentecostales se fundan en las experiencias. Esta acusación no es del todo cierta, porque el creyente pentecostal ve las experiencias producidas por la obra del Espíritu Santo como secundarias a la Biblia en cuanto a nivel de autoridad. La

experiencia verifica, aclara, pone de relieve o apoya las verdades de la Biblia, y esa función del Espíritu es importante y fundamental.

2.2 EL MÉTODO TEOLÓGICO

Puesto que es importante que la teología sistemática se base en la Biblia, en esta sección hablaremos del método teológico, especialmente en cuanto a su interacción con la exégesis y la teología bíblica.

2.2.1 *La exégesis y la teología bíblica como matriz*

Existen varias etapas de desarrollo en este proceso teológico en el que nos movemos de la Biblia a la teología sistemática: (1) exégesis e interpretación de los textos particulares; (2) síntesis de estas interpretaciones, según algún sistema de teología bíblica;¹ y (3) la presentación de estas enseñanzas en el propio idioma del sistematizador y para sus propias necesidades y las necesidades de su pueblo.²

En la teología occidental se usa algún principio organizador para producir un conjunto coherente de creencias. Entonces, la teología de la Biblia, sin cambiar su significado, es puesta en las formas de pensamiento de los lectores del teólogo para comunicarles el mensaje de Dios en un lenguaje comprensible y ayudarlos a resolver sus problemas.

Para mantener la autoridad bíblica en el proceso de la teología sistemática, es imprescindible que la persona que hace teología evite las deducciones. Con esto queremos decir que los teólogos no deben comenzar con una declaración teológica general, e imponerla sobre el texto bíblico para hacer que la Biblia signifique lo que ellos quieren que signifique, a expensas de la verdadera intención del texto. En lugar de esto, un cuidadoso estudio exegético del texto bíblico debe llevar (de manera inductiva) a una declaración teológica.

2.2.2 *La naturaleza y función de la exégesis*

La meta de la exégesis es dejar que la Escritura diga lo que el Espíritu quería que significara en su contexto original. Por tanto, el intérprete debe analizar para cada texto el contexto social e histórico, el género y otros factores literarios, y los detalles de comprensión procedentes del idioma original. Hagamos algunas observaciones sobre cada uno de estos factores por su orden.

En cuanto al contexto social e histórico, el escritor bíblico daba por supuesto que sus lectores tenían una cierta cultura y un marco histórico comunes; gran parte de esto era más dado por sentado que expresado. Debemos tener el cuidado de no suponer ingenuamente que el marco cultural e histórico del escritor bíblico es el mismo que el nuestro. No lo es. Entre el intérprete y cualquier texto bíblico existen vastas diferencias culturales e históricas.

Howard C. Kee insiste en que sólo se puede determinar el significado observando el contexto social de las palabras. Por ejemplo, si somos sensibles a los factores sociales y culturales, podremos notar que Mateo usa el término “justicia” como “una cualidad de la conducta ... exigida por Dios para que la manifiesten sus siervos fieles”, mientras que Pablo, dentro de un marco diferente, la usa como una acción en la cual Dios pone las cosas en su lugar.¹

Además de esto, necesitamos estar conscientes de lo importante que es el género, el tipo particular de documento o forma literaria que estamos examinando. Estar consciente de la naturaleza de un documento es uno de los principios básicos de la interpretación.¹ A menos que sepamos cómo ha sido compuesto y por qué razón, no seremos capaces de hallar el significado del texto.

En las Escrituras existen muchos géneros diferentes: la narración histórica (por ejemplo, Génesis, Rut, Crónicas y Hechos²); poesía (por ejemplo, Salmos, Job, Proverbios); evangelio (narración episódica y sermón dirigido a audiencias concretas); epístola (carta); literatura apocalíptica (Apocalipsis) y profecía. Al estudiar el género que el escritor está usando y por qué está usando ése en especial, podremos interpretar el documento con mayor facilidad.

El género presenta interés para los pentecostales, debido a la teología de la evidencia inicial, una interpretación que depende en parte del género del libro de Hechos. Los pentecostales y los evangélicos han debatido sobre su género, y los últimos han tratado el libro con frecuencia como simple historia. En cambio, los pentecostales alegan que Hechos es un libro de naturaleza teológica,³ de una forma muy parecida al Evangelio según Lucas, puesto que Lucas escribió ambas obras. Por consiguiente, podemos utilizar Hechos como fuente de doctrina.⁴

Otro asunto a tener en cuenta es el significado de las palabras bíblicas. Aquí debemos evitar la falacia de la raíz. Explicada en pocas palabras, la falacia de la raíz tiene lugar cuando aplicamos la etimología de la palabra

(es decir, su significado radical) a dicha palabra cada vez que aparece. O bien, como se hace en algunas ocasiones, sólo se aplica la etimología a ciertas apariciones escogidas de la palabra, con el fin de apoyar el punto de vista del intérprete. Es el uso, y no la derivación, el que determina el significado. (Por ejemplo, “prevenir” procede del latín *prævenire*, “venir antes”. Sin embargo, su significado en el castellano actual es muy diferente.) Por tanto, el contexto es extremadamente importante. Una misma palabra puede tener una diversidad de significados, pero en un contexto concreto, sólo se podrá aplicar uno de ellos.

2.2.3 La crítica bíblica, la interpretación y la teología

Todo el campo de la crítica¹ se ha desarrollado desde la Reforma. Las dos divisiones principales de la crítica bíblica, llamadas en el pasado alta y baja, se suelen llamar en el presente crítica histórico-literaria y crítica de textos, respectivamente. En ambos campos trabajan tanto conservadores como liberales, puesto que en la exégesis hacen falta ambos tipos de crítica. Además, ambas ofrecen y han ofrecido un beneficioso servicio a la Iglesia en general. La crítica histórica nos ayuda a conocer con mayor precisión la información histórica de un pasaje o libro de la Biblia, permitiéndonos interpretarlo con mayor profundidad. Las fuentes primarias de información histórica comprenden la Biblia misma, otros escritos antiguos y los descubrimientos arqueológicos. Las fuentes secundarias son los libros escritos por los intérpretes, tanto antiguos como modernos.

La crítica de textos es la ciencia que examina las copias manuscritas antiguas de la Biblia en hebreo, arameo y griego, y trata de recuperar lo que los escritores inspirados originales escribieron realmente.² Existen miles de manuscritos antiguos de la Biblia, y todos ellos tienen diferencias aquí y allá en las palabras, en su orden y en la omisión o adición de palabras.³ Muchas veces se trata de errores cometidos por los copistas. Otras veces es posible que fueran cambios deliberados o intentos por poner al día el lenguaje. La crítica de textos usa métodos objetivos y científicos para cribar las diversas variantes y descubrir la más probable de ellas.⁴

Por una parte, algunos han aplicado al texto bíblico reconstrucciones históricas fantasiosas, según alguna teoría moderna sobre la historia (generalmente, rechazando en el proceso lo sobrenatural). Por otra, reconocemos que el marco correcto de referencia considera que toda la Escritura es inspirada por Dios y participa de un carácter especial que

merece respeto. Por tanto, idealmente, cuando alguien se dedica a la crítica bíblica no ataca la Biblia (aunque muchos lo hagan). Más bien, lo que ataca es su propia comprensión de la Biblia, con el fin de poner dicha interpretación en sintonía con el significado original de las Escrituras.¹

Los otros métodos son la *crítica canónica* (que considera importante el orden presente de los libros en la Biblia), la *crítica narrativa* (que presta atención a los personajes, la trama y el clímax), la *crítica de las ciencias sociales* (que utiliza teorías sociológicas para sentar un modelo teórico que explique las culturas, frecuentemente desde un punto de vista antisobrenatural y secular), y la *crítica de respuesta del lector* (que ignora el mundo que hay detrás del texto bíblico y traspasa la autoridad a la respuesta subjetiva del lector. (Véase Malina, *World of Luke-Acts*, pp. 3–23, para una reacción contra la crítica de respuesta del lector.)

Por ejemplo, en su forma más simple, los intérpretes pentecostales han usado por algún tiempo algo que se podría llamar “crítica narrativa”. Los defensores del bautismo en el Espíritu han abogado por la existencia de una teología de la evidencia inicial en el libro de Hechos, creyendo que hablar en lenguas es normativo, puesto que la narración observa con frecuencia que este fenómeno aparece cuando el Espíritu llena inicialmente a alguien. La repetición en la narración proporciona una conducta arquetípica y, por tanto, expresa esta teología. Por consiguiente, la naturaleza de la narración le proporciona a la teología la evidencia inicial (es decir, que en la narración está presente una “necesariedad”²). Es decir, que cuanto aparece en el libro de Hechos fue puesto intencionalmente por Lucas para mostrarnos que las lenguas no son solamente la señal, sino también la señal convincente que nos hace saber cuándo la persona ha sido bautizada realmente en el Espíritu Santo.

Los teológicamente conservadores creen que la narración está enraizada en la historia real (es decir, que la historia es el medio de revelación³). Cuando el escritor (bíblico) escribía su narración, el Espíritu Santo guiaba la selección de materiales que fueran útiles para sus propósitos, y omitía aquéllos que no lo fueran.

Tomemos [Hechos 2](#) para demostrar brevemente lo que estamos diciendo. [Hechos 2](#) es uno de los relatos dentro de la gran narración del libro de Hechos. Determinamos que es una narración concreta porque podemos distinguir sus límites, dentro de los cuales podemos hallar los personajes, la trama y el clímax. El capítulo tiene tres partes: la venida del Espíritu, la reacción del pueblo y el sermón de Pedro.¹

El núcleo de la narración (el mensaje de Pedro) explica la función teológica de las lenguas y la venida del Espíritu. Las lenguas son la señal de que la era de salvación y el Espíritu que habían sido prometidos han llegado; las lenguas son la señal de que el Espíritu ha derramado poder sobre la Iglesia para que dé testimonio inspirado de Jesús. Además de todo esto, la razón de ser principal de las lenguas es testificar que las Escrituras hebreas profetizaban acerca de esta era del Espíritu, que todo el pueblo de Dios tendría el Espíritu y hablaría en lenguas, y que esas lenguas serían evidencia de que Dios había levantado a Jesús de entre los muertos y lo había exaltado a los cielos, desde donde estaba derramando ahora el Espíritu. También las personas que hablan en lenguas testifican acerca del día de salvación y del evangelio de Jesús (comparar 1:8), la venida del reino de Dios, que ahora se enfrenta al poder de las tinieblas en señales y prodigios. Lucas, inspirado por el Espíritu Santo, escogió los elementos principales del día de Pentecostés y los puso en esta breve narración con el fin de convencer a las personas de que debían buscar el bautismo en el Espíritu.

El énfasis en la venida del Espíritu con poder es uno de los grandes temas en Lucas y Hechos. Esto sugiere que los lectores de Lucas no tenían el bautismo en el Espíritu, y que él consideraba normal para la Iglesia Primitiva el estar bautizado en el Espíritu con la evidencia de las lenguas. Por tanto, sus lectores debían recibir este bautismo con la señal de las lenguas. Esta recepción de poder los lanzaría fuera, a su mundo, como una poderosa comunidad de testigos.

La narración era común en la antigüedad, y lo sigue siendo en muchos lugares hoy. La narración comunica de manera indirecta: el narrador presenta su argumento o argumentos a través de elementos como el diálogo y la conducta. De esta forma, la conducta toma el valor de arquetipo; o sea, es lo que se espera que los lectores evalúen e imiten (por ejemplo, en Hechos 2, recibir al Espíritu con las lenguas sería algo normativo).

La narrativa y la expresión indirecta contrastan con otros tipos de literatura que comunican de manera directa. En la comunicación directa, el autor presenta su argumento en primera persona, y lo hace en forma de proposición. Ejemplo de expresión directa en las Escrituras es la forma epistolar. La Biblia contiene teología tanto en la forma narrativa, como en la proposicional.

2.2.4 Supuestos previos del intérprete y el teólogo

Por último, es importante que hablemos de lo que nosotros, como intérpretes, llevamos al texto desde nuestro mundo (es decir, nuestros supuestos previos). En primer lugar, debemos estar comprometidos con una inspiración verbal y plenaria.¹ Los métodos antes bosquejados deberían reafirmar este punto de vista. Debemos prestar atención a todo el consejo de Dios y evitar la elaboración excesiva sobre todo tema o texto. De no ser así, surge un canon dentro de otro, lo cual es un serio error más. Es decir, que en la práctica trazamos un círculo dentro de otro mayor (la Biblia entera) y decimos con la práctica que esto es más inspirado que el resto. O bien, si derivamos la teología solamente de una parte escogida de las Escrituras, sucede lo mismo.

Por consiguiente, es importante que los pentecostales tengan una base y un marco de referencia que sean tanto bíblicos como pentecostales. En primer lugar, el creyente pentecostal debe creer en el mundo sobrenatural, especialmente en Dios, quien obra de maneras poderosas y se revela a sí mismo en la historia. Los milagros en el sentido bíblico son cosa corriente. En la Biblia, la palabra “milagro” se refiere a toda manifestación del poder de Dios, y no siempre a un suceso extraño o poco ordinario.² Además, hay otros poderes en ese mundo sobrenatural: los angélicos (buenos) y los demoníacos (malos), que entran en nuestro mundo y operan en él. El creyente pentecostal no es materialista (creencia de que nada existe, más que la materia y sus leyes), ni racionalista, sino que reconoce la realidad de este ámbito sobrenatural.

En segundo lugar, el marco de referencia pentecostal debe centrarse en la revelación de sí mismo por parte de Dios.¹ El creyente pentecostal cree que la Escritura es la forma de revelación que posee autoridad, y que afirma, confirma, guía y da testimonio de la actividad de Dios en el mundo, cuando se la interpreta correctamente. En cambio, el conocimiento racional o la simple memorización de las Escrituras no pueden tomar el lugar de una experiencia personal de regeneración y de bautismo en el Espíritu, con todas las actividades de testimonio y edificación que el Espíritu abre para nosotros.

Los pentecostales creen que es contraproducente quitarles importancia a estas experiencias. El Evangelio según Juan dice clara, razonada y poderosamente que el nuevo nacimiento por el Espíritu es el camino para abrirnos al conocimiento de Dios. Sin esta experiencia, no podemos conocer a Dios. Otra manera de percibir esto consiste en aplicar el término “cognitivo” a lo que procede del estudio de las Escrituras (o la teología de corte occidental) y el término “afectivo” al conocimiento que procede de la experiencia personal. No debemos lanzarlos el uno contra el otro;

ambos son esenciales. Con todo, la experiencia personal es importante. ¡Cuán grandiosos son la regeneración y el bautismo en el Espíritu! Después de pasar por ambos, conocemos a Dios de manera más completa, y ciertamente, más personal.

Además de esto, el creyente pentecostal cree que Dios le habla a su Iglesia por medio de los dones del Espíritu Santo con el fin de corregir, edificar o consolar. Aunque estos dones estén subordinados a las Escrituras, y se deban discernir a la luz de ellas, se debe animar a los creyentes a recibirlos.

Teniendo todo esto presente, la teología (y los estudios) no tienen por qué matar el fervor espiritual. En realidad, no son la teología ni los estudios los que llenan de desánimo por la obra del Espíritu Santo, sino el marco de referencia teológico y educativo. Por tanto, es importante interpretar la Biblia de acuerdo con sus propias condiciones y dentro del marco de referencia adecuado. Esto nos dará una teología certificada por la experiencia; una teología que, mediante la fe y la obediencia, se convierta en una “realidad-experiencia” fundada en la Biblia,¹ eficaz dentro de nuestra vida diaria, y no una teología que se limite a ser algo sobre lo cual discutimos.

2.3 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Qué es la religión, y cómo difiere el cristianismo de las demás religiones?
2. ¿Cómo difieren las diversas categorías de autoridad en sus métodos y resultados?
3. ¿Por qué es importante comprender la vida y la cultura de los tiempos bíblicos?
4. ¿Cuál es la contribución de la teología histórica y bíblica a la teología sistemática?
5. ¿Cuáles son los puntos fuertes y débiles del calvinismo y del arminianismo?
6. ¿Cuál es la meta de la exégesis y qué lleva consigo alcanzar esa meta?
7. ¿Cómo han usado los pentecostales la crítica narrativa y con qué efectos?

8. ¿Qué comprende el tener una base tanto bíblica como pentecostal para nuestra teología?

1 Véase el capítulo 3.

2 Se puede ver un principio de sistematización en algunos de sus libros, especialmente en la epístola a los Romanos.

1 Agustín, *The Confessions of Saint Augustine*, volumen 18, traducido al inglés por John K. Ryan (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1960), p. 43.

2 H. Orton Wiley, *Christian Theology*, volumen 1 (Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press, 1940), p. 17.

1 Los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento y los veintisiete del Nuevo; véase el capítulo 3 para más detalles sobre el canon.

2 La mayoría de las sectas tienen otros libros más a los que atribuyen autoridad. Nosotros sostenemos que sólo la Biblia tiene esa autoridad.

3 Véase el capítulo 3.

1 Las Asambleas de Dios de los Estados Unidos han articulado una Declaración de Verdades Fundamentales que contiene dieciséis verdades consideradas esenciales para el establecimiento y mantenimiento de la fraternidad entre sus miembros. Con todo, se sigue considerando que la Biblia es la autoridad definitiva. Para un estudio más amplio, véase William W. Menzies, *Bible Doctrines: A Pentecostal Perspective*, editor, Stanley M. Horton (Springfield, Mo.: Logion Press, 1993).

1 Para una buena evaluación de la vida y la obra de Schleiermacher, véase Richard R. Niebuhr, "Friedrich Schleiermacher", en *A Handbook of Christian Theologians*, editado por Martin E. Marty y Dean G. Peerman (Cleveland: World Publishing Company, 1965), pp. 17–35. Véase también Friedrich Schleiermacher, *The Christian Faith* (Nueva York: Harper, 1963).

2 La escuela filosófica del existencialismo (promovido especialmente por Søren Kierkegaard y Martin Heidegger) dice que el único camino a la verdad es a través de nuestra experiencia subjetiva de la realidad y participación en ella. Esto influyó sobre la neo-ortodoxia y gran parte del antisobrenaturalismo reciente en la teología (como en Rudolf Bultmann).

1 Para un buen estudio del papel de la experiencia religiosa y cómo influye en la teología, véase John Jefferson Davis, *Foundations of Evangelical Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1984), pp. 145–168.

2 Colin Brown, *Philosophy and the Christian Faith* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1974), p. 48.

3 Para un estudio del racionalismo, véase Colin Brown, *Christianity and Western Thought: A History of Philosophers, Ideas and Movements*, volumen 1, *From the Ancient World to the Age of Enlightenment* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1990), pp. 173–196.

4 Colin Brown, *Philosophy and the Christian Faith* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1974), p. 48.

5 Para un estudio del racionalismo, véase Colin Brown, *Christianity and Western Thought: A History of Philosophers, Ideas and Movements*, volumen 1, *From the Ancient World to the Age of Enlightenment* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1990), pp. 173–196.

1 El doctor Stanley M. Horton relata que uno de sus profesores en la Universidad de Harvard, Robert Pfeiffer, hizo en clase una observación que contradecía algo declarado por la Biblia. Cuando los estudiantes le preguntaron en qué autoridad apoyaba esta afirmación, Pfeiffer señaló su propia cabeza.

1 Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), p. 21.

2 Davis, *Foundations*, p. 43.

3 Para un estudio sobre la forma en que el significado y uso del término “teología” ha cambiado desde la Grecia antigua (e incluso conjeturas sobre los cambios futuros), véase F. Whaling, “The Development of the Word ‘Theology’ ”, en *Scottish Journal of Theology* 34 (1981): pp. 289–312.

1 Walter C. Kaiser, Jr., *Toward an Exegetical Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1981), pp. 47, 138.

2 Por el momento, por “exégesis” queremos dar a entender que el intérprete entra en un proceso que permite ver, o saca a la luz, lo que el Espíritu trató de decir a través del autor bíblico. La exégesis no disminuye de manera alguna el papel del Espíritu, ni en la inspiración ni en la interpretación.

3 No se debe tratar de hallar en el pasaje que se estudia una revelación dada después de él (por ejemplo, no se debe atribuir revelación del Nuevo Testamento al Antiguo), aunque dicha revelación, como dice Kaiser, “se pueda (y de hecho, se deba) llevar a nuestra *conclusión*, o *sumarios después* de haber establecido firmemente sobre una base exegética lo que significa el pasaje”. Kaiser, *Exegetical Theology*, p. 140.

1 Por supuesto, el calvinismo ha pasado por algunas modificaciones en las enseñanzas de varios de los sucesores de Calvino.

1 [En idioma inglés los estudiantes de teología utilizan como recurso nemotécnico el acrónimo TULIP (“tulipán”), formado por las primeras letras de estos cinco principios en dicho idioma: “Total depravity, Unconditional election, Limited atonement, Irresistible grace, Perseverance of the saints.” Nota del traductor al castellano.] Los cinco puntos del TULIP se basan todos en una manera concreta de ver la soberanía de Dios. Ésta descuida el hecho de que Dios es soberano

sobre sí mismo y, por tanto, es capaz de limitarse en los aspectos que decida, de manera que nosotros podamos tener un libre albedrío y ser capaces de convertirnos en hijos suyos por decisión propia, en lugar de limitarnos a ser marionetas en sus manos.

2 R. W. A. Letham, “Arminianism”, en *New Dictionary of Theology*, editores, Sinclair B. Ferguson, David F. Wright y J. I. Packer (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1988), pp. 45–46.

1 Véase el capítulo 10 para un estudio más amplio del calvinismo y el arminianismo.

2 H. M. Conn, “Liberation Theology”, en *New Dictionary of Theology*, p. 387.

3 Para un estudio más amplio de la teología de la liberación, véase Rubem Alves, *A Theology of Human Hope* (Washington: Corpus Books, 1969); Leonardo Boff, *Jesus Christ Liberator* (Maryknoll, N. Y.: Orbis Books, 1978); Gustavo Gutiérrez, *A Theology of Liberation: History, Politics, and Salvation*, traducción y edición, Hermana Caridad Inda y John Eagleson (Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1973); José Míguez Bonino, *Doing Theology in a Revolutionary Situation*, traducción, John Drury (Filadelfia: Fortress Press, 1975); y Juan Luis Segundo, *The Liberation of Theology* (Maryknoll: Orbis Books, 1976).

1 Durante siglos, la teología sistemática ha sido ordenada en el Occidente según un sistema coherente que refleja el idealismo racional (véase la búsqueda de los teólogos por un centro unificador). Este ordenamiento también ha controlado la teología bíblica, con pocas excepciones. Sin embargo, este uso de un solo centro tiene limitaciones; por ejemplo, no da lugar a la paradoja, tan prevalente en el mundo antiguo. Lo que actualmente se está volviendo más aceptable para la mayor parte de los teólogos es ver algún tipo de sistema ordenado alrededor de varios centros. Véase Grant R. Osborne, *The Hermeneutical Spiral: A Comprehensive Introduction to Biblical Interpretation* (Downers Grove, Ill: InterVarsity, 1991), pp. 282–285; Gerhard Hasel, *New Testament Theology: Basic Issues in the Current Debate* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1978), especialmente pp. 204–220; D. A. Carson, “Unity and Diversity in the New Testament: The Possibility of Systematic Theology”, en *Scripture and Truth*, editores, D. A. Carson y John D. Woodbridge (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1983), pp. 65–95; Robert B. Sloan, “Unity in Diversity: A Clue to the Emergence of the New Testament as Sacred Literature”, en *New Testament Criticism & Interpretation*, editores, David Alan Black y David S. Dockery (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1991), pp. 437–468.

2 Aquí nos referimos a la teología sistemática. Esto quizá signifique incluso el utilizar un sistema diferente de ordenación. Muchos ven otra etapa más de desarrollo que comprende la historia de la Iglesia. Ver, por ejemplo, Osborne, *Hermeneutical Spiral*, pp. 268–269. William Menzies presenta argumentos contra esta etapa al revisar la obra *Gospel and Spirit: Issues in New Testament Hermeneutics*, de Gordon Fee (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991). Véase su revisión en *Paraclete* 27 (invierno de 1993): pp. 29–32.

1 Howard C. Kee, *Knowing the Truth: A Sociological Approach to New Testament Interpretation* (Minneapolis: Fortress Press, 1989). Véase en especial las pp. 50–64. Bruce Manila insiste en lo mismo en *The Social World of Luke: Acts*, editor, Jerome H. Neyreys (Peabody, Mass.: Hendrickson

Publishers, 1991), pp. 3–23. Estos puntos de vista son sociolingüísticos.

1 El uso del género literario es algo bien establecido dentro del método exegético.

2 En general, la hermenéutica aplicada al libro de Hechos debe ser la misma aplicada al Evangelio según Lucas, puesto que ambos son narraciones. No obstante, sí existen algunas diferencias: el Evangelio es una narración episódica; Hechos es una narración sostenida.

3 Es decir, que su propósito es enseñar verdades teológicas, y no solamente satisfacer la curiosidad histórica. Véase I. Howard Marshall, *Luke: Historian and Theologian* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1970), pp. 21–52; y Roger Stronstad, *The Charismatic Theology of St. Luke* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1984), pp. 5–9.

4 Véase el capítulo 13.

1 Entendemos por “crítica” el arte de investigar y analizar. Con frecuencia se la ha visto como algo negativo, pero se debe entender como positiva.

2 Probablemente, los mismos manuscritos originales (los “autógrafos”) se desgastaran a base de copiarlos una y otra vez durante el transcurso de los años.

3 Estas diferencias reciben el nombre de “variantes textuales”. Véase el capítulo 3.

4 Los especialistas usan la palabra “probable” porque no tenemos los autógrafos. Sin embargo, una cuidadosa investigación nos demuestra que podemos estar seguros de que tenemos lo que escribieron los escritores originales en todo, menos en un 0, 1% de las variantes, aproximadamente, y la mayoría de aquellos lugares donde no podemos tener seguridad son variantes menores, como en casos de deletreo de palabras. Ninguna de estas variantes afecta a ninguna de las grandes enseñanzas de la Biblia.

1 Entre los métodos actuales de crítica histórico-literaria se encuentran la *crítica de las fuentes* (que suele dar por supuesto que Mateo y Lucas usaron a Marcos y una fuente desconocida [Q, por al. *quelle*, que significa “fuente”] para reunir su material), la *crítica de las formas* (que suele rechazar lo sobrenatural y rompe la Biblia en fragmentos supuestamente reunidos por un editor), y la *crítica de la redacción* (que considera a los escritores bíblicos como autores y teólogos, pero ignora con frecuencia el gran cuerpo de doctrina de Jesús y la inspiración del Espíritu Santo). Muchos de los que creen en la Biblia hacen algún uso cuidadoso del primero y el tercero de estos métodos. D. W. Kerr, sin saber cómo se le llamaría después, utilizó realmente la crítica de redacción en “The Bible Evidence of the Baptism with the Holy Ghost”, *Pentecostal Evangel*, 11 de agosto de 1923, artículo en el que defendía las características distintivas del bautismo en el Espíritu. Por ejemplo, al referirse a Juan 20:30 y 21:15, escribió: “Juan realizó una *selección* sólo de aquellos materiales que servían para sus propósitos; esto es, para confirmar a los creyentes en la fe con respecto a Jesucristo, el Hijo de Dios.”

2 Una de las características significativas de la teología es esta “necesariedad”. Con esto quiero decir que hay en ella algo de obligatorio, y en algunos puntos más que en los demás.

³ Cf. el punto de vista de Walter C. Kaiser, al que se hace referencia, comenta y presenta en *The Flowering of Old Testament Theology*, Ben C. Ollenburger, Elmer A. Martens y Gerhard F. Hasel, editores (Winona Lake, Ind.: Eisenbrauns, 1992), p. 233. De hecho, en gran número de formas de teología bíblica, la historia es importante, aunque de maneras diferentes.

¹ En realidad, no fue un sermón en el sentido corriente de la palabra, sino una manifestación del don de profecía del Espíritu Santo.

¹ Véase el capítulo 3. Todos los evangélicos y pentecostales deberían considerar cuidadosamente lo que dice Jeremy Begbie en “Who is this God?-Biblical Inspiration Revisited”, en *Tyndale Bulletin* 43 (noviembre de 1992): pp. 259–282. El autor señala importantes debilidades en el punto de vista sobre la Trinidad y la salvación manifestado en la descripción de B.B. Warfield sobre la inspiración. La falta de atención bíblica a la teología del Espíritu por parte de Warfield hace que caiga en estos puntos débiles. Según Begbie, James Barr cae en errores similares.

² Esta definición es contraria a la de Norman L. Geisler en *Miracles and the Modern Mind: A Defense of Biblical Miracles* (Grand Rapids: Baker Book House, 1992), p. 14, quien, después de estudiar las definiciones, llega a esta conclusión: “La ley natural describe los sucesos regulares causados de manera natural; un milagro es un suceso singular causado de manera sobrenatural.” Este concepto de los milagros es bastante típico del pensamiento de los evangélicos racionalistas, quienes dicen que los milagros cesaron después de quedar terminado el Nuevo Testamento.

¹ Lo que estamos sugiriendo aquí pertenece a la epistemología: las formas de conocer y percibir la realidad. Lamentablemente, los occidentales, tanto conservadores como liberales, insisten en una epistemología que es primariamente racional. Esto es inadecuado para el creyente pentecostal. El mundo de la Biblia no es el del racionalista, puesto que reconoce lo sobrenatural, y las experiencias sobrenaturales proporcionadas por Dios.

¹ Stronstad, *Charismatic Theology*, p. 81.